

## GALLO

Gimnasta sobre la piedra.  
 Buscador entre la yedra,  
 con ahinco.  
 Dictador y vigilante.  
 Presumido y petulante,  
 en su brinco.

Multicolor y gallardo,  
 luce un amarillo dardo  
 de vigor.  
 Oro y brillo. Cresta ardida  
 en llamarada, transida  
 de temblor.

## ASNO

Dureza de pedernal.  
 Cansino, pero con celo.  
 La mirada siempre al suelo  
 con timidez habitual.  
 Su vida filosofal,  
 resignada, no servil,  
 se alegra siempre en abril  
 con el jugo de la yerba.  
 Sobre ella, paciente, observa  
 al hombre engreido y vil.

## PEZ

Húmedo, prieto, y elástico.  
 Acero de alfanje romo.  
 Una cinta sobre el lomo  
 en distintivo dinástico.  
 Sentido casi monástico  
 en su quietud consecuente;  
 o, vibración de corriente  
 y serpentin de emoción,  
 que cautiva la atención  
 en remolino candente.

## flores de Hispanidad

La Reina descubridora,  
**Isabel la Católica**  
 hacia los altares



SABEL la Católica Reina de España y Madre de América, ¡Oh magnánima Señora de la Hispanidad! De ella ase- gura Cristóbal Colón, que, su «vida fu» siempre católica y santa». Y el teólogo y asceta, Rodríguez de Santaella, buen conocedor de sus preclaras virtudes, afirma, que, fue: «Pura en su fe. Entera en castidad. Profunda en consejo. Fuerte en constancia. Permanente en justicia. Llena de real clemencia, humildad o gracia».

Tan cultivadas virtudes y atrayentes privilegios, resaltan con fuerte ejemplaridad y singular prestigio de la más grande Reina. Así lo proclama un lindo apéndice, con la oración aprobada por la Igle- sia, para alcanzar del cielo, el éxito del proceso de beatificación, ya en Roma, de la santa e insigne Reina española.

Son testimonios palpitantes de una vida henchida de rica espiri- tualidad cristiana, camino de los altares. Sólo ella, amontona tan ex- celsos y copiosos méritos como una larga y brillante dinastía. Un santo y sabio obispo español, mártir de la Cruzada Nacional, ya la había denominado con elocuencia soberana y cautivadora: «La pia- dosísima, la insuperable, la magnífica y augusta Isabel de Castilla, corazón que fue y lo será siempre de toda la raza hispana».

Digamos que, el descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, ha sido ya juzgado, definitivamente, por la Historia Universal, como el suceso de mayor trascendencia, después de la Encarnación del

Verbo y de la Redención del género humano por el Salvador Jesús: Nada hay comparable, a esta empresa nacional, maravillosa.

Con razón se ha dicho por el Pontífice León XIII, al que sigue el Papa Pío XII, que, la causa que movió a los Reyes Católicos a explorar el Mar Tenebroso y el motivo que les indujo hasta el fin de su glorioso empeño, fue, extender la Fe católica... Porque su primer propósito era éste: Alumbrar caminos al Evangelio por nuevas tierras y nuevos mares. La fórmula hispana en América, era tan terminante, como esta: *No venimos a conquistar, sino a evangelizar; a civilizar.*

A lo largo y a lo ancho de la colosal obra de España en América, cuenta, sin duda la última voluntad testamentaria de la Reina Católica cuyo genial pensamiento y mandato, no era otro, que: «traer a los pueblos de ellos y convertirlos en nuestra Santa Fe Católica y enviar a dichas islas y tierra firme, preladados y religiosos, clérigos y otras personas devotas y temerosas de Dios para instruir los vecinos y moradores de ellas a la Fe Católica y doctrinar y enseñar buenas costumbres y largamente en las letras...» Termina el célebre documento, todo él iluminado por claras luces del Evangelio, con una súplica a sus sucesores, que: «así lo hagan y cumplan, y que sea este su principal fin».

Tal es el texto egregio, en el que se define la proyección de España, para siempre, en el Nuevo Orbe, Su vigencia para los hispanoamericanos, es de índole sagrada, intangible, con aire de eternidad.

Porque la España, católica y civilizadora, siguiendo la línea derecha señalada por el amplio espíritu ecuménico de la Iglesia, Madre y Maestra, ha sido siempre eso: *unidad, asimilación y universalidad*. Su pensamiento, florecido de humanismo cristiano, se espaciaba en todas las dimensiones. Desde sus primeros pasos por tierras recién descubiertas, se adivina y palpa, un fiel reflejo de la Metrópoli.

Situada España en cabeza de los demás pueblos europeos, traslada al Nuevo Mundo, su manera de ser, de estar y de vivir. El país hispano entero se constituyó, en diligente testamentario de su Reina. España fortalecida durante una lucha de ocho siglos contra el poder otomano, como asegura un ilustre obispo americano, fue elegida por el dedo invisible de Dios y de la Virgen María, para la realización mayor de los siglos. Ningún pueblo como el nuestro estaba capacitado para llevar el nombre de Cristo y sus enseñanzas redentoras donde no le conocían, y defenderlo donde fuera atacado.

Los afanes de la España civilizadora y misionera, contrastan con

la cómoda postura de índole comercial y económica de otros pueblos, como Inglaterra, protestante y colonialista.

Hasta las devociones religiosas, más destacadas de la Reina Católica, el amor a la Eucaristía y a la Virgen pura y bella, fueron trasplantadas, con frutos de bendición, para los hermanos indígenas.



Lo cierto es, que, ninguna otra nación ha logrado, como España, una empresa como la llevada a feliz término, en el mundo, recién descubierto, de tanta hondura espiritualista y cultural. Otro mártir de la Cruzada española última, Ramiro de Maeztu, exclama: «¿Han laborado los siglos sucesivos ideal alguno que supere el nuestro?».

España, llevó al descubrimiento y civilización de América, las claridades de nuestra fe; las armonías de nuestro idioma; la gloria

de nuestras artes; la justicia de nuestras leyes; la mente soberana de nuestros sabios inmortales; el trabajo de nuestros artesanos; la labor de nuestros campesinos; las excelsas virtudes de nuestros hidalgos; el sacrificio inmenso de nuestros misioneros; el heroísmo incomparable de nuestros soldados y navegantes incomparables.

Pero el más rico y permanente tesoro aportado por España al Nuevo Mundo, lo fue, sin duda, el llameante amor a la Eucaristía y a la Virgen Inmaculada. Toda la dinámica religiosa y social y política de la América española, a semejanza de la Metrópoli, giraba en torno de estos dos grandes amores del pueblo español: Jesús Sacramentado y la Pura, la Purísima Virgen María.

Además, calaron en el alma ingenua de los indios, según así lo testimonian, el popular saludo a la española: «Alabado sea el Santísimo Sacramento» y el Ave María Purísima, que se recitaba al final de los cultos religiosos. El mismo que se repetía a la entrada de una casa. Al principio y al fin de las tareas laborales. El que decían los niños en las escuelas, los fieles en los templos, los transeúntes en los caminos. Toda la vida estaba como impregnada del celestial aroma eucarístico y mariano.

De este modo, no era de extrañar que, las procesiones del «Corpus», fueran las manifestaciones encaminadas a exaltar hasta los más altos cielos, el Sacramento del Amor. El «Corpus» en Indias, desde los primeros años fue la fiesta religiosa y nacional de la Iglesia.

En la América española el esplendor y piedad de estas manifestaciones católicas, al gran estilo español, se hombreaba con las de Toledo y Barcelona, con las de Sevilla..., dechados de arte y de fe católica, en honor del más Divino Sacramento, en España y en toda la Cristiandad.

La primera procesión del «Corpus», en Méjico salió el año 1526. La alegría y emoción que embargó el ánimo de los fieles, fue tal, porque al comienzo recibieron la fausta noticia de que Hernán Cortés, había salido salvo de una expedición arriesgadísima.

Los conquistadores desfilaban con sus rebrillantes armas y arreos militares, ante la Sagrada Custodia. Conocido es el ímpetu de Hernán Cortés, cuando tendió su capa sobre la calzada, para que sobre ella, pasara el sacerdote, portando en la Custodia a Jesús Sacramentado. Y también aquella otra viva expresión de fe en la Eucaristía, del Virrey de Chile, Mendoza, que ante el asombro de los indómitos araucanos, se tiende boca abajo, con sus ricos arreos, para que sobre él pasara el Divino Señor, oculto en la eterna redondez de la Hostia Santa Inmaculada.

Un famoso Gobernador de Arica, Alonso Vélez de Guevara, había sido reconvenido, de pródigo, en los gastos del Corpus, y replicaba: Venderé para estos gastos mis ropas y joyas, porque haciendo lo que debo, ni mi Dios ni mi Rey, me faltarán. Lo cierto es, que, en la América española, tratándose de esta festividad, ni los indios, ni los españoles omitían gastos. El límite de su liberalidad, estaba en la plata y oro de sus arcas.

Todavía, en las florecientes naciones iberoamericanas, pervive el entrañable amor a la Eucaristía, que nuestros misioneros y conquistadores, sembraron en el alma infantil de los indígenas, tan divinamente reflorecedo en los suntuosos Congresos Eucarísticos Hispano Americanos Internacionales.

Ya lo decía un prelado americano, monseñor B. Piedrabuena, en el C. H. A. de Sevilla: «España: nos diste tu lengua, la lengua de Cervantes, la de Teresa de Jesús, la de San Juan de la Cruz, que ya no es lengua de hombre, sino de ángeles. Nos diste tu sangre y nos diste tu lengua, pero aun más nos has dado: Fuiste el heraldo del Evangelio».

Todo lo expuesto y mucho más, forma parte de la colosal transculturalización espiritual que España realizó en el Nuevo Mundo, bajo los auspicios primero, y seguramente bajo el patronato celestial después, de aquella reina preclara que muy pronto queríamos ver en los altares bajo el título de «Santa Isabel de España».

Marcelino GONZALEZ HABA

